

EL MENSAJE SOCIAL DE LOS PADRES DE LA IGLESIA



El Matrimonio (2) Según san Juan Crisóstomo

Parroquia Inmaculada Concepción
Monte Grande

a) La procreación

La procreación no es el único fin del matrimonio: esto lo atestiguan los matrimonios que permanecen sin hijos.¹ Dios ha dado este fin al matrimonio tras el pecado –que originó la muerte–, para dar un aliento a los mortales, que pueden así sobrevivir de algún modo en sus hijos, y para mantener el género humano.² De hecho, Dios ha elegido el matrimonio para la propagación de la humanidad, habiendo podido elegir otra vía, como demuestra la generación de Adán y de Eva y de los ángeles.³ En el estado actual, el matrimonio tiene por fin la procreación, pero no por su naturaleza, sino porque Dios ha dado a los hombres el mandato de crecer, multiplicarse y llenar la tierra.⁴

Por otro lado San Juan Crisóstomo afirma que un fin del matrimonio es la procreación de los hijos.⁵ La concupiscencia no es dada para el pecado, sino para la procreación de los hijos.⁶ Éste es también el motivo por el que se deben respetar también las partes del cuerpo que tenemos siempre cubiertas, también estos miembros son dignos de honor, porque sirven a la procreación de los hijos y a la propagación del género humano.⁷

La procreación entra en el misterio del amor conyugal: si mujer y marido permanecen dos, no se multiplican, en cambio si se unen y se hacen una carne, su unión es fecunda y hacen posible una nueva vida.⁸ El niño a su vez funciona de puente entre los padres, para reforzar su unión; no son más dos sino tres que forman una sola carne.⁹ Dios ha elegido esta vía para la procreación para fundar entre los hombres un vínculo de caridad: en nuestro nacer dependemos del amor de otros hombres, y somos unidos entre nosotros por tener el mismo origen.¹⁰

El tener hijos es considerado como una riqueza deseable. Una de las preocupaciones de la joven esposa es el miedo de permanecer estéril.¹¹ Es verdad que los hijos son causa de muchas dificultades y fatigas, pero la falta de ellos es una suerte más dura aún; sea para el hombre como para la mujer nada es considerado más insoportable.¹² Aquellos que no tienen hijos probablemente tienen la posibilidad de adoptar un huérfano. Junto al miedo por la esterilidad, entra en el corazón de la joven esposa aquello de una demasiada numerosa prole.¹³ Para evitar los hijos, el método del aborto no es ignorado en el siglo cuarto. San Juan Crisóstomo hace referencia a esta práctica utilizada por aquellos que quieren evitar un hijo adúltero; él condena el aborto como un pecado más grave que el asesinato: el seno materno que es la fuente de la vida, es transformado en un lugar de muerte.¹⁴ En la legislación canónica el aborto es severamente condenado y castigado.¹⁵

Como se dijo antes, la función de los padres frente a los hijos no se limita a su procreación, sino que continúa en su educación.¹⁶

b) La fidelidad conyugal

Desde que toda la tierra está poblada, la poligamia no está más permitida: una vez casado, cada uno debe contentarse con el propio cónyuge.¹⁷ Los casados deben permanecer fieles uno al otro,¹⁸ y la

¹ In Illud; Propter forn. 1, 3.

² Hom. In Joh. 19, 1.

³ De Vir., 14, 5.

⁴ In Illud, Propter forn. 1, 3.

⁵ In Ep. ad Coll. 12, 4.

⁶ In Ep. ad Eph. 2, 3.

⁷ In Ep. 1 ad Cor, 31, 1.

⁸ In Ep. ad Coll. 12, 5.

⁹ Ibid. PG. 62, 388.

¹⁰ In Ep. 1 ad Cor, 34, 3.

¹¹ De Virg. 57, 4.

¹² Ad Theod. Laps. 2, 5.

¹³ De Virg. 57, 4.

¹⁴ In Ep. ad Rom. 24, 2.

¹⁵ C.A. VII, 3, 2.

¹⁶ Vedi sopra, p. 25 ss.

¹⁷ Hom. In Gen. 56, 1.

¹⁸ De non iterando 2.

enseñanza del Señor les prohíbe también mirar a otra persona con deseo.¹⁹ Porque con la mirada la concupiscencia es excitada, y fácilmente se procede también al acto de adulterio.²⁰

Los esposos deben por último evitar todo aquello que puede nutrir sospecha, si bien San Juan Crisóstomo amonesta a los esposos a no ser demasiado celosos. No se deben creer fácilmente los rumores de la gente contra el cónyuge, y al mismo tiempo al cristiano no le está permitido difamar a un cónyuge.²¹ Una vez sembrada la sospecha, los celos que surgen hacen insoportable la convivencia conyugal.²²

Los predicadores frecuentemente se oponen a la fornicación y al adulterio, indicando los peligros que estos delitos pueden provocar. La fornicación es una invención del diablo y enceguece la mente del fornicador a tal punto que muchas veces lo inducen también al asesinato.²³ El adulterio, en el sentimiento del pueblo, es un pecado aún más grave que el robo.²⁴ Además se corre el riesgo de generar un hijo ilegítimo, que tendrá que soportar siempre el peso de la infamia y el recuerdo perpetuo de la perversidad del adúltero, aún después de muerto.²⁵ La consecuencia más grave es que el adulterio está entre los pecados que excluyen del reino celeste: aquel que persiste en el adulterio no puede esperar la salvación no obstante sus obras buenas.²⁶

El delito del adulterio vale para el hombre en la misma medida que para la mujer. En la legislación canónica se hace una clara distinción entre la fornicación y el adulterio: el último delito viene condenado doblemente.²⁷ Las puniciones consisten en la exclusión de la Iglesia: todos aquellos que han cometido tales delitos no pueden estar junto con los otros fieles, para no contaminar la parte sana.²⁸ Más severas aún son las puniciones eclesiásticas contra el incesto.²⁹

La fidelidad conyugal dura hasta la muerte de uno de los cónyuges: el matrimonio una vez contratado es indisoluble. Esta es la doctrina del Señor, declarando al divorcio contra natura y contra la ley de Dios: contra natura porque el hombre y la mujer no son más dos sino una sola carne; contra la voluntad de Dios, porque Dios los ha unido.³⁰ Aunque la convivencia matrimonial puede ser muy fatigosa y casi insoportable, no es lícito separarse.³¹ En el caso de discordia es necesario soportar y perdonar recíprocamente los pecados; así el matrimonio será verdaderamente la imagen de la unión entre Cristo y la Iglesia.³² En esto la ley divina es diversa de la ley civil, que permite el divorcio y un siguiente nuevo matrimonio en ciertas circunstancias.³³ Pero, para los cristianos, ante todo se debe obedecer la ley divina, porque según ésta seremos juzgados.³⁴

Tampoco se puede hacer referencia a que Moisés permitió que el hombre repudie a su mujer: en otro tiempo Dios toleró este mal para evitar un mal más grande, porque entonces los hombres eran tan duros que habrían cometido uxoricidio para liberarse de su mujer.³⁵

La prohibición de separarse vale también para el matrimonio mixto: cuando uno de los cónyuges se convierte al cristianismo mientras el otro permanece pagano, no está permitido separarse del cónyuge no creyente.³⁶ Una separación es permitida sólo en caso que el pagano quiera obligar a la parte católica a la idolatría, porque debe sobre todo conservar la fe.³⁷ En este caso San Juan Crisóstomo no habla

¹⁹ Exp. in Ps. 44, 9.

²⁰ Hom. In Mat. 17, 1.

²¹ In Ep. ad Eph. 20, 6.

²² De Virg. 52.

²³ Hom. In Mat. 48,4.

²⁴ In Ep. 1 ad Thess. 5, 2.

²⁵ In Ep. ad Rom. 24, 3

²⁶ Hom. In Joh. 63, 4.

²⁷ C.A. VI, 29, 4.

²⁸ Hom. In Joh. 63, 4.

²⁹ Bas. Can. 67, 75s.

³⁰ Hom. In Mat. 62, 2.

³¹ Hom. In Mat. 62, 2.

³² Quales ducendae 3, 2.

³³ Cof. Theod. III, 16, 1.

³⁴ De Lib. Rep. 2, 2.

³⁵ Hom. In Mat. 17, 4.

³⁶ In Ep. 1 ad Cor. 19, 3.

³⁷ In Ep. 1 ad Cor. 19, 3.

explícitamente de la licitud de un segundo matrimonio después de la separación del pagano. Cuando el cónyuge pagano no pone obstáculo a la fe del cónyuge, se debe evitar todo aquello que podría dar escándalo al pagano, y el cristiano tiene el deber de instruir al cónyuge y de invitarlo a la fe, y de ocuparse por su salvación.³⁸ No hay noticias sobre la educación religiosa de los hijos, pero Crisóstomo repite las palabras de San Pablo: los hijos son santificados por el cónyuge creyente.³⁹

Otro motivo de separación es el adulterio de uno de los cónyuges. Un cónyuge puede ser repudiado por adúltero, pero mientras vivan, los cónyuges separados no tienen derecho a casarse otra vez, porque permanecen esposos el uno del otro.⁴⁰

c) *La ayuda mutua*

La ayuda mutua es un deber que mira toda la vida, no sólo la castidad. El ser humano, en su condición de varón y mujer, es por naturaleza débil y limitado; por esto le fue dado el matrimonio, para que pueda completar aquello que le falta al otro.⁴¹ Los esposos se ayudan recíprocamente en el ser solícitos y en el soportar uno el peso del otro, para que la convivencia conyugal haga posible soportar las contrariedades de la vida.⁴²

Los esposos deben ayudarse recíprocamente en el camino de la perfección: la casa debe ser una palestra de la virtud en la que mujer y marido se exhorten mutuamente a mejorar la vida y a practicar la virtud.⁴³ El marido, como cabeza de la mujer, tiene el compromiso de instruirla en las cosas espirituales y en la práctica de la virtud; Crisóstomo recomienda a los futuros esposos corregir a la mujer especialmente en el primer tiempo del matrimonio, cuando la esposa tiene todavía mucho respeto hacia el marido y es más sensible a las admoniciones.⁴⁴ Si el marido es sereno y modesto, la mujer puede obtener grandes ventajas.⁴⁵ Al mismo tiempo ella puede ayudar a su marido con la palabra y con su ejemplo a crecer en la virtud.⁴⁶ Cuando los esposos se corrigen y se perdonan mutuamente, se crea verdaderamente una familia cristiana y entonces la actual convivencia se puede continuar también después de la muerte.⁴⁷

El marido es la cabeza de la familia y también la cabeza de la mujer.⁴⁸ Este orden de las cosas es dado con la diferencia entre el hombre y la mujer, pero no significa que la mujer sea de naturaleza inferior.⁴⁹ El marido es la cabeza, pero no como un tirano; no le está permitido maltratar a su mujer: la cabeza que trata con desprecio al cuerpo se hace mal a sí misma; por el contrario, se debe expresar con sincero amor hacia la mujer.⁵⁰ La relación entre marido y mujer no es como la relación entre el patrón y la sierva: la mujer es la compañera de la vida, que lo sigue, no por miedo, sino con gusto, con la libertad del amor.⁵¹

La diferencia entre los sexos no debe ser motivo de orgullo por ningún cónyuge, porque cada sexo tiene la propia función según el orden natural. El Creador ha dividido las funciones de tal manera que el hombre se inclina a trabajar fuera de la casa y en las actividades públicas, mientras que la mujer tiende a ocuparse de las cosas domésticas.⁵² En estos roles no pueden sustituirse el uno al otro.⁵³ Así mujer y marido tienen necesidad uno del otro y se ayudan recíprocamente en el poner cada uno los propios talentos al servicio del otro.⁵⁴ En el complementarse, los esposos pueden vivir en concordia,

³⁸ In Illud, Salutate Prisc. 1, 3.

³⁹ In Ep. 1 ad Cor. 19, 3.

⁴⁰ Hom. In Mat. 17, 4.

⁴¹ Hom. In Joh. 19, 1.

⁴² Hom. In Ge. 38, 1.

⁴³ Hom. In Joh. 47, 5.

⁴⁴ In Ep. 2 ad Thess 5, 4.

⁴⁵ In Ep. 2 ad Thess. 5, 4.

⁴⁶ Hom. in Joh. 61,3.

⁴⁷ In Ep. ad Eph. 20, 5.

⁴⁸ Hom. In Gen. 8, 4.

⁴⁹ MOULARD, *ibid.*, 175 ss

⁵⁰ In Ep. ad Eph. 20, 4.

⁵¹ In Ep. ad Eph. 20, 2.

⁵² Ep. 170.

⁵³ Quales ducendae 3, 4.

⁵⁴ In Ep. 1 ad Cor. 34, 4.

y entonces la serenidad de la casa será un refugio y un puerto de paz, el origen de todo bien. En una oportunidad San Juan Crisóstomo describe la belleza del matrimonio en estos términos:

*“Crezca siempre y se refuerce la paz en la casa: la mujer sea aficionada a su marido, y el marido puede refugiarse de sus trabajos y de sus turbaciones externas en su mujer, como en un puerto para encontrar toda consolación. Porque la mujer le fue dada en ayuda, para que el hombre, contento de su consolación, sea capaz de resistir los males que debe sufrir. Porque cuando la mujer es virtuosa y pacífica, no conforta sólo a su marido con su compañía, si no que le será útil en muchas otras cosas: ella hace todo cómodo y fácil para él y permite que se preocupe por las dificultades externas o aquellas que surgen cada día en casa. Pero como un buen gobernador ella cambia con su sabiduría toda turbación de ánimo en serenidad y lleva consolación con su gran prudencia. Aquellos que viven así unidos, no sienten el peso de las dificultades. Porque cuando hay concordia y paz, cuando hay un vínculo de amor entre mujer y marido, cada cosa irá bien y ellos no estarán expuestos a las envidias, rodeados como de un muro sólido e inexpugnable, es decir de la concordia según la voluntad de Dios”.*⁵⁵

La paz y la concordia entre mujer y marido son preferibles a toda otra cosa.⁵⁶ El amor conyugal no es solamente externo —el amor que se funda sobre la belleza externa no dura más que un mes o al máximo un año—, sino que consiste en la comunión de vida, una comunión espiritual en la que mujer y marido tienen verdaderamente un espíritu y son un sólo cuerpo.⁵⁷ Según el orden natural, el hombre y la mujer son creados el uno para el otro, y ninguna otra relación es tan fundamental y tan necesaria.⁵⁸ Por lo tanto San Juan Crisóstomo exhorta a los maridos a preferir el amor conyugal sobre toda otra amistad, y preferir la compañía de la mujer antes que estar junto con los amigos; en vez de buscar la diversión en el teatro, que busquen la felicidad en la casa en compañía de la mujer.⁵⁹

4 – La Iglesia Doméstica

La casa es pequeña Iglesia: San Juan Crisóstomo lo repite siempre a los casados; el padre hace las veces de obispo en la casa en el cuidado de todos los suyos.⁶⁰ Como el obispo, el padre de familia tiene la tarea de instruir a los suyos.

La primera preocupación de los casados es hacer crecer la piedad con sus palabras y con el propio ejemplo, y de crear en casa una atmósfera abierta a las cosas celestes.⁶¹ Por su parte, los hijos deben honrar a los padres para compensar los cuidados y las fatigas que sus padres realizan para ellos.⁶² Cuando se vive según la doctrina espiritual, cuando todos están unidos en el vínculo del amor y en el mutuo servicio, Cristo estará presente junto con el coro de los ángeles, y así la casa se transforma en una pequeña iglesia.⁶³

La casa se hace, por lo tanto, iglesia cuando allí se lee y medita la Sagrada Escritura: la lectura de la Biblia es la mesa espiritual en la casa para nutrir la vida del Espíritu.⁶⁴ En el leer la historia de los santos descrita en la Biblia, se puede vivir junto con estos santos y acoger en casa a Pablo, Pedro, Juan y todos los otros santos, y al mismo Señor.⁶⁵ Junto a la lectura de las Sagradas Escrituras es necesario también rezar juntos: donde algunos se reúnen en la oración y en el canto de los salmos, se puede llamar a esta reunión verdadera iglesia. San Juan Crisóstomo recomienda la oración y el canto de los salmos particularmente en la mesa, antes y después del almuerzo: la salmodia es una defensa contra las insidias del demonio y hace posible la presencia de Cristo. Así la casa se transforma en

⁵⁵ Hom. In Gen. 38, 7.

⁵⁶ In Ep. 1 ad Cor. 19, 1.

⁵⁷ Hom. In Gen. 45, 2s.

⁵⁸ In Ep. ad Eph. 20, 1.

⁵⁹ In Ep. ad Eph. 20, 6.

⁶⁰ In Ep. ad Eph. 20, 6.

⁶¹ Hom. In Mat. 77, 6.

⁶² Hom. In Joh. 85, 2.

⁶³ In Gen. Serm. 7, 5.

⁶⁴ Hom. In Gen. 6, 6.

⁶⁵ In Ep. ad Rom. 30, 4. 180 Exp. in Ps. 41, 2.

Iglesia.⁶⁶

El amor en la familia no se limita a los familiares, sino que está dirigido también a otros, sobre todo a los siervos que viven en la casa. En su tiempo, San Juan Crisóstomo no prohíbe la esclavitud,⁶⁷ aunque critica a los ricos que se hacen acompañar por una tropa de siervos, declarando que uno bastaría para dos o tres personas.⁶⁸ Él exhorta a los patrones a tratar a sus siervos con humanidad⁶⁹ e instruirlos en la doctrina cristiana como si fueran sus hijos.⁷⁰ No sólo los siervos, sino todos los vecinos pueden tener ventajas de una familia buena, porque tal familia tiene un influjo positivo sobre otros: la concordia en casa es como un olor bueno del que todos pueden gozar.⁷¹ Este aspecto apostólico de la familia se hace ahora más evidente, cuando la casa es abierta a los pobres y a los peregrinos, como una vez fue la casa de Priscila y Aquila (Rom. 16, 3ss):

*“Éstos eran así probados y virtuosos, que hicieron una iglesia de su casa; en el convertir a todos a la fe y en el abrir la casa a todos los peregrinos; porque San Pablo no llama simplemente a cada casa una iglesia, sino sólo a aquellas que hayan puesto buenas raíces junto a la piedad con un gran temor de Dios”.*⁷²

⁶⁶ Exp. in Ps. 41, 2.

⁶⁷ In Ep. Ad Philemon 1, 1.

⁶⁸ In Ep. 1 ad Cor, 40, 5.

⁶⁹ In Ep. ad Eph. 15, 3.

⁷⁰ In Ep. ad Eph. 22, 2.

⁷¹ In Ep. ad Eph. 20, 1.

⁷² In Ep. ad Rom. 30, 3.